

CAPÍTULO XIII

Otra condición de la hermosura, según Sócrates, de no tener mudanza, está en Dios por su inmutabilidad. Trátase deste atributo.

I

Consiguiente es á lo dicho la condición de no mudarse lo hermoso, que, según Sócrates, señalan los platónicos; porque es también grande menoscabo que lo bueno se mude: porque si se muda en el mal, dejará de ser bueno; y si en mejor, no fué del todo bueno, y como se mudó á mejor, puede pasar á peor. Y así corre semejante riesgo el que ama las cosas mudables, que quien ama las percederas. Fuera de que el sujeto que es capaz de mudanza, también lo es de corrupción ó de algún fin. Pues por esto los mismos filósofos que señalaron por condición y señas de la verdadera hermosura que la acompañe la perpetuidad, señalan juntamente la exención de mudanza, de suerte que no sólo excluya de sí la corrupción y muerte, pero también la alteración y variedad. Fuera de los platónicos, otros muchos pusieron esta tacha á la hermosura de la tierra, de mudarse con mucha brevedad. Por lo cual dijo Nemesiano ¹: La hermosura «es un don breve, y no se te alquilará por años». Y Etéocles, viendo á uno muy contento y ufano de su gallardía y buen parecer, le trajo á la memoria esta mala calidad de lo hermoso temporalmente, diciéndole: «¿Cómo no te corras de ensorberbecerte de lo que poco tiempo se te ha prestado?» Séneca ² halló gran mal y fealdad en la hermosura material, porque es capaz de vejez. Y así aconseja que se busque aquello que no se empeora con los días. Más elegantemente dijo San Gregorio Nacian-

1 Olimp., Nemes.

2 Senec., cap. 31.

ceno ¹ que la belleza corporal era un juguete del tiempo y la enfermedad. Es muy menguada esta belleza de los cuerpos, pues la muerte la acaba y la edad la muda. Con su fin se borra, y sin su fin se deslustra, pues con sólo durar se mengua. Por todos lados es mala y aciaga: porque si perece, falta; si permanece, se menoscaba, y siempre la debemos temer por caduca y por peligrosa. Y así dice San Isidoro Pelusiota ²: «Si miras una hermosura corporal, piensa esto: que una flor tan excelente será mañana polvo, y que el fuego tan resplandeciente de hoy, será al día siguiente ceniza. Todo lo que ha de tener fin, y muy breve, aunque parezca hermosísimo y digno de amarse, se debe despreciar, principalmente siendo también ocasión de castigo y tormento».

Mas si volvemos los ojos á la Hermosura divina, carece de toda mudanza, y menoscabo, y riesgo; así como es eterna, es también invariable, por la inmutabilidad de su Sér infinito. De lo cual saca San Gregorio Niseno ³, que sólo Dios es Hermoso. «Desdeñé (dice) todas las cosas que antes reputaba por hermosas. Desde aquí adelante no errará mi juicio en la calificación de lo bueno, para que piense que hay otra cosa buena y hermosa fuera de ti, Dios mío, ni la honra humana, ni la gloria, ni el resplandor del mundo, ni el poderío: porque miradas estas cosas á la luz de los sentidos, están embadurnadas con un tinte de bien. Pero no son lo que nos parecen; porque, ¿cómo será hermoso lo que no tiene consistencia? Porque lo que hay en el mundo glorioso sólo tiene sér por lo que imagina y piensa el vulgo que es tal. Mas tú, Señor, eres verdaderamente Hermoso, y no sólo Hermoso, pero la esencia de la misma Hermosura. Siempre eres tal cual en substancia eres. No floreces en

1 Nazianc., orat. 31. 2 Isid. Pelus., lib. 3, ep. 143. 3 Nissen., in 1 cant.

un tiempo y en otro pierdes la flor, sino que con la eternidad de tu vida amplías y extiendes tu Hermosura y decencia». Todo esto es de San Gregorio Niseno, en que da á entender cuánto crece la Hermosura de Dios, porque no se puede mudar. También la Esposa en los Cantares, dando las señas de la hermosura del Esposo, entre ellas pone ésta de su inmutabilidad y firmeza, significando que se sustentaba sobre unas columnas de mármol, fundadas sobre basas de oro: dando en esto á entender la estimación y grandeza deste atributo, y la firmeza de la inmutabilidad divina.

II

Y ¿adónde y cómo se podía mudar el que es inmenso é infinito, pues no puede mudar lugar quien por ser inmenso está en todo lugar, ni tiene que mudar perfección quien por ser infinito las tiene todas, y ninguna puede perder? Dios es tan perfecto por su misma esencia, que contiene todas las perfecciones posibles é imaginables; y como no puede mudar ni perder su esencia, tampoco puede mudar sus perfecciones ni perderlas. Demás desto, como una de las perfecciones divinas sea su infinita simplicidad, excluye toda composición, y por consiguiente toda mudanza, la cual no puede estar sin que se componga alguna cosa de nuevo, diferente de lo que era antes, recibiendo algún modo, calidad ó forma moderna, y dejando otra antigua. Mas como á Dios no se le pueda añadir nada, ni quitar, no tiene que mudar. Allégase á esto que la mudanza de una cosa supone el haber podido adquirir otra cosa, lo cual es imperfección, porque supone alguna privación de lo que es capaz; mas como la perfección de la naturaleza divina sea sobre toda perfección, es por su esencia acto puro, teniendo, con efecto, y actualmente, cuanto es capaz y se puede pensar de bueno y perfecto, y así excluye la perfección de

poder tener sin haber tenido, porque todo tiene y eternamente tuvo y tendrá cuanto hay bueno y de estima, con toda realidad, verdad y actualidad.

Esta grandeza de Dios admiró el Profeta, cuando dijo ¹: «Tú, Señor, criaste la tierra al principio, y los cielos obras son de tus manos; ellos perecerán, mas tú permanecerás; todos se envejecerán como un vestido, y los mudarás como una cubierta, y se mudarán: pero tú eres el mismo, y tus años no faltarán». Bien significativamente se declaró esta misma inmutabilidad y firmeza de la naturaleza divina sobre todas las demás cosas al Santo Ezequiel ², cuando vió tantos movimientos y revoluciones como cuenta en el principio de sus profecías, y que sobre todo estaba el firmamento, y sobre el firmamento un trono de piedra jaspe, símbolo de la firmeza, en el cual estaba el Señor, constante y firme; habiendo en las cosas que estaban debajo dél infinitas mudanzas y movimientos, porque había un recísimo torbellino y un fuego inquieto que envolvía todo. Por lo cual San Agustín, hablando con Dios, dice ³: «Inmutable estás mudando á todo: nunca eres nuevo, y nunca anciano renovando todo. Obras siempre, y siempre estás quieto. Recoges, y no necesitas, sustentas, é hinchas, y amparas, crías, y alimentas, y perficionas. Buscas aunque no te falte nada; amas, y no te consumes; celas, y estás seguro; arrepíenteste, y no te duele: enójaste, y estás pacífico: mudas las obras, y no mudas consejo; recibes lo que hallas, y nunca piérdes; nunca te empobreces, y te gozas con las ganancias; nunca eres avaro, y pides logros; dásete de supererogación para que debas. Pero ¿quién tiene alguna cosa que no sea tuya? Pagas deudas, no debiendo á nadie; perdonas lo que te deben, sin perder nada». Deste modo declara San Agustín la inmunidad y privilegio de la

1 Psal. 101.

2 Ezech., 1.

3 Aug., lib. I, Conf. c. 4.

naturaleza divina en ser exenta de las variaciones y mudanzas de las demás cosas.

Sin duda que esta prerrogativa es una maravilla estu-
penda; porque ¿á quién no pasma que cuanta noticia, sa-
biduría, advertencia, bondad, justicia, misericordia y felici-
dad podía Dios adquirir por toda una eternidad, todo es-
to lo tuvo siempre ab eterno y lo tendrá para siempre, por-
que está en Él tal colmo de bienes, que no hay bien que
se le pueda añadir, y tan seguros y firmes, que ninguno le
puede faltar? ¿Á quién no espanta que todo pensamiento,
toda deliberación, todo consejo, toda voluntad, todo amor,
todo gozo, que ahora está en Dios, estuvo también desde la
eternidad, y estará sin fin eternamente, sin variación algu-
na, sin disminución ni aumento, porque no puede ser más de
lo que es? De manera que ni de la creación del mundo, ni
de las alabanzas de los ángeles, ni de los servicios que le
hacen los hombres, se le puede acrecentar la más mínima
parte de gozo de su bienaventuranza, ni gusto, ni gloria
alguna intrínseca. Porque aunque todo el mundo perecie-
se, y todos los hombres y ángeles estuviesen ardiendo en
fuego eterno, no recibiría Dios daño ni incomodidad algu-
na, sino que fuera igualmente bienaventurado en sí, como
si todos le estuvieran alabando en el cielo: porque Él mis-
mo se es suficiente para tener todo gozo y felicidad, sin de-
pendencia de nada. Por esto, hablando de Dios, en el libro
de Job ¹, se dice: «Si pecares, ¿en qué le dañarás? Y si se
multiplicaren tus maldades, ¿qué harás contra Él? Y si
obraras justamente, ¿qué es lo que le darás, ó qué es lo que
recibirá de tu mano?» No hay parte de bienaventuranza
que pueda perder ni que pueda ganar, porque, fuera de tener
en sí cuanto se puede desear de dicha, y gozo, y bon-
dad, y perfección, Él es tan grande, y las cosas criadas

¹ Job, 35.

tan pocas respecto de su infinitad, que no hacen peso al-
guno: porque así como no perdiera nada la majestad de
Augusto César, ó de otro gran Emperador, con sólo que se
le perdiese una cinta del zapato, así Dios no perdiera cosa
aunque se le perdiesen todas las criaturas, que son, res-
pecto de su inmensa grandeza, menos que una gota de
agua. Por lo cual dijo el sabio ¹: «Como un minuto del
peso, así es delante de ti la redondez de la tierra, y como
una gota de rocío de la mañana que cae en la tierra». Demás desto, como Dios contiene en sí todas las cosas
eminente, nada puede perder, aunque se pierdan
todas: porque aunque en sí perezcan, no perecen para Él
en su infinita sabiduría y omnipotencia, porque goza de la
bondad de su perfección enteramente, conociéndolas tan
bien como si estuviesen en su sér real ya criadas, pudién-
dolas criar cada y cuando que quiera.

¡Oh gran Dios! ¡Qué mucho haces en quererte servir de
nosotros, pues no nos has menester, y qué poco hacemos
nosotros en servirte, pues tanto te hemos menester! Debé-
moste infinito, y no podemos hacer por ti cosa que te im-
porte. No basta nuestro agradecimiento á tus beneficios,
pues debiéndote todo, no podemos darte nada. Tu bondad
sola nos sustenta, y esa sola nos crió, no para recibir algo
de nosotros, sino para darnos á nosotros mismos. No por
necesidad criaste al mundo, sino por pura bondad; por dar
y tener á quien dar, quedando siempre en igual bien-
aventuranza en una misma gloria, y uno mismo, inmuta-
ble, eterno y hermoso, que ni te cansaste con la fábrica
de todo el mundo, ni te embarazas con su gobierno, ni te
alteras con sus mudanzas; siempre eres uno, siempre el
mismo, siempre hermosísimo, siempre bienaventurado.

¹ Sap., 11

III

Admiróse San Metodio de la planta Piragno, que es imposible quemarse, porque en medio del fuego está tan florida como si estuviera en agua. También escribe San Basilio ¹ por gran maravilla de la piedra Amianto, que no se puede manchar. ¿Y cuán raro privilegio fuera de una hermosa pintura que ni las tinieblas la obscurecieran, ni el fuego la tostara, ni el agua la humedeciera, ni el polvo la desluciera, ni el carbón la manchara, ni el lodo se le pegara, ni cosa alguna la dañara, sino que siempre estuviese con su hermosura y resplandor? Pues si fuera este prodigio en una hermosura pintada y muerta, ¿qué será en la Hermosura viva de Dios, que siempre está floreciendo y luciendo, sin mudarla cuantas mudanzas ha habido en las criaturas, que ni con el pecado de los hombres se asustó, ni con sus castigos se entristeció, ni con su justicia se alteró, ni con su compasión se mudó, quedando siempre tan uno y tan hermoso como siempre fué? Y lo que más maravilla: que ni con hacerse hombre pasible y mortal perdió el Sér inmutable, ni menoscabó su Hermosura divina entre tantas penalidades humanas; por lo cual dice San Agustín ²: «Hermoso es el Verbo de Dios en Dios; Hermoso en las entrañas de la Virgen, adonde no perdió la divinidad y recibió humanidad; Hermoso después de nacido, porque aun siendo niño que no sabía hablar, cuando mamaba y era raído en brazos, los cielos hablaron dél, los ángeles dijeron sus alabanzas, la estrella guió á los Magos, y fué adorado en el pesebre. Hermoso es, pues, en el cielo, Hermoso en la tierra, Hermoso en el vientre, Hermoso en las manos de sus Padres, Hermoso en los milagros, Hermoso en

1 Hom. 1, *De jejunio*. 2 D. August., *Præfat.* in Ps. 44.

los azotes, Hermoso convidando con la vida, Hermoso menospreciando la muerte, Hermoso dando su alma y Hermoso recibéndola, Hermoso en la cruz, Hermoso en el sepulcro, Hermoso en el cielo, Hermoso en el entendimiento». Por cierto, grande hermosura es la que siempre y donde quiera lo es, y que entre tantas mudanzas no se muda. Estupendo privilegio es éste de la inmutabilidad, que haciéndose Dios hombre mortal, se queda inmortal; y abatido á los pies de unos pescadores, no pierde el sér excelso; y humillado en tierra, permanece altísimo; y atormentado con azotes y espinas, persevera impasible; y atado de pies y manos, es inmenso, que no cabe en el mundo; y cayendo en tierra de flaqueza, no deja de ser omnipotente; y siendo escupido, abofeteado y acardenalado, es hermosísimo; y gobernando el mundo, castigando á los pecadores, premiando los justos, criando las almas, produciendo las formas, moviendo los cielos, mudando los tiempos, es inmutable y uno mismo.

Raro prodigio, que estando Dios tan ocupado que atiende á cuantas criaturas hay, y las sustenta y da sér, no se embaraza con nada, ni se muda en tanta variedad y multitud y mudanzas de obras criadas á que asiste y coopera: al volar de las aves, al nadar de los peces, al andar de los animales, al arrastrar de las sierpes, al correr de las fuentes, al bramar de los mares, al tronar de las nubes, al mover de las estrellas, al discurrir de los hombres, al entender de los ángeles, al estar de la tierra, al ser de los elementos, al menearse una hojita, al morder de un mosquito, al pestañear de una sabandija, desde lo más á lo menos, en las más sublimes obras y las más bajas, está asistiendo sin cuidado y ayudando sin cansancio, y esta ayuda no esforzando ni impeliendo á las criaturas á que obren, sino esperando á que ellas, según su natural, quie-

ran obrar, ó les esté bien obrar, ó sea conforme á las leyes del universo, acomodándose á cada cosa según su esencia y propiedades. Bendita sea tal bondad, bendita tal afabilidad y llaneza de un Dios Omnipotente y Señor absoluto de todo, que no se desdeña de acomodarse á cosas tan pequeñas, siendo Él inmensa Majestad. Y si en el gobierno tan vario de la naturaleza material es tan maravillosa la estabilidad de Dios, mucho más admirable es su afabilísima Majestad en el gobierno espiritual de las almas, no sólo ajustándose á la diversidad de espíritus que hay, quedando Él uno mismo, sino acomodándose diversamente á cada alma. Lo cual advierte bien maravillado San Macario ¹: «Dios, dice, se muda en la forma que quiere, por el bien de las almas fieles y dignas dél». ¡Oh inefable bondad del inmutable, que ya es con el afligido consuelo; ya con el necesitado, remedio; ya con el ignorante, aviso; ya con el huérfano, padre; con el desamparado, refugio; con el enfermo, salud; con el pobre, riquezas; con el justo, premio; con el pecador, misericordia; con el solo, compañía; con el humilde, aliento; con el pequeñuelo, grandeza! Tantos oficios muda el que nunca se muda.

No se puede mudar la bondad de nuestro Criador, ni trocar de condición; su infinita sabiduría nunca puede mudarse, ni con ignorancia acabarse, ni con olvido disminuirse, ni con inadvertencia engañarse. Siempre sabrá lo que nos estará bien, y no errará en hacérselo. Su omnipotencia nunca podrá flaquear en nuestra ayuda, ni faltará por poder ejecutar lo que nos importa. La buena voluntad de Dios no puede faltar para querernos bien, ni su sabiduría para acertar á hacérselo, ni su omnipotencia para ejecutarle. Su infinita hermosura, ni puede fenecer, ni puede deslustrarse, ni si se viese puede dejar de amarse, ni dejará

1 San Macario, hom. 4,

de ser, ni se mudará; inmutable es, eterna es, y eternizará á quien le amare.

IV

Procuremos ser constantes en el servicio del Inmutable; no faltemos al propósito de agradar á quien no puede faltar en la promesa de remunerar á los que le sirven. Seamos firmes en cumplir la voluntad de quien es invariable en desear nuestro bien. Oigamos lo que á imitación de la inmutabilidad de Dios nos aconseja Santo Tomás ¹: «Debemos tener gran cuidado con la constancia de nuestra alma, para que no torzamos el camino de la rectitud, ni quebrantados con las cosas adversas, ni acariciados con las prósperas, como lo hizo el bienaventurado Job, el cual dice ²: «La justificación que comencé á tener no la dejaré». También afirma el Apóstol ³: «Cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, etc., nos podrán apartar de la caridad de Dios». Pero ¡ay de nosotros, que somos grandemente inconstantes en las santas meditaciones, en los afectos ordenados, en la seguridad de la conciencia, en la recta voluntad! ¡ay, cuán de repente nos mudamos del bien en el mal, de la esperanza en un temor injusto, del gozo en el dolor; y al contrario, del dolor en alegría; del silencio en la parlería; de la madurez en la liviandad; de la caridad en odio ó envidia; del fervor en acedia; de la humildad en vanagloria ó soberbia; de la mansedumbre en enojo; de la alegría y amor espiritual en el carnal! De suerte que no estamos firmes ni un momento en un mismo estado, sino que sólo somos constantes (¡oh gran desdicha!) en la inconstancia, en la deslealtad, en la ingratitud, en las faltas espirituales, en la imperfección, en el perder tiempo, en

1 Opúsc. 62, *De Divinis moribus in principio*, pág. 96.

2 Job, 27. 3 Rom., 8.

las liviandades, en afectos y pensamientos impuros. La inestabilidad exterior de los sentidos y de los miembros da bien á entender la mutabilidad de los afectos y movimientos interiores. Pues procuremos trabajar, que nos hayamos siempre de un mismo modo, y con madurez en un mismo estado, en el andar, y en toda nuestra conversación igualmente». Todo esto es de Santo Tomás, el cual añade después cómo hemos de imitar la inmutabilidad divina en el sosiego del alma y quietud del corazón: «Ninguna turbación, dice, tiene lugar en Dios; pues semejantemente nosotros debemos con todas nuestras fuerzas evitar nuestras turbaciones; porque ó muy poca ó ninguna gracia hace asiento en un alma inquieta. Para remedio desta turbación y desasosiego, nos hemos de ocupar con Dios, y amarle, porque es fuerte el amor como la muerte, el cual obrará en nosotros lo que la muerte. De modo que, viendo lo que hacen nuestros prójimos, no lo veamos; y oyendo malas palabras y contra nosotros, no las oigamos, ni nuestro corazón atienda á esto, sino que seamos como ciegos, y sordos, y mudos, como si no tuviéramos sentido, como dijo David ¹, que dijo se había hecho como sordo y mudo; ocupándonos solamente, con gran fidelidad y fervor, en las cosas de Dios, y á los demás dejándolos en todo á su propia conciencia, ó al juicio de sus superiores, ó á la justicia de Dios. Debemos también evitar, en lo que podamos, la turbación y desasosiego de otros, para que ellos no nos turben, como acontece muchas veces, con lo cual solemos tener algún remordimiento de la conciencia; porque Dios omnipotente, amador de justicia, no dejará sin castigo á todos los que fueren causa de turbaciones, defraudando algo al mundo, ó á los del cielo, ó á los de la tierra, buenos ó malos, ó á los del purgatorio en santas meditaciones, justos deseos,

¹ Psal. 37.

devotas oraciones y otras buenas obras». Esto es deste santo Doctor.

CAPÍTULO XIV

Cómo está en Dios la condición de la Hermosura, de no tener parte fea, sino ser en todo hermosísima.

I

Señalan también los platónicos por condición de una perfecta belleza no tener parte fea, sino ser en todas hermosa, por todos lados apacible, y á cualquier vista agradable. Por lo cual dijo Plotino ¹: «Lo hermoso no se compone, ni consta de cosas feas; y así, no sólo el todo, pero las partes, deben ser hermosas». En esta condición convino también Aristóteles cuando dijo que, si tuviesen los hombres ojos de lince, de manera que su vista penetrara lo más interior y llegara á ver las entrañas, aun el cuerpo hermosísimo de Alcibiades causara horror y pareciera feísimo. Desta sentencia concluye Boecio ² que al parecer bien una hermosura corporal no lo hace la perfección de su naturaleza, sino la imperfección de nuestro sentido y la flaqueza de los ojos humanos. ¿Pues qué, si se adelantara nuestra vista á ver cuál están los ánimos? Viera ser unos monstruos horribles los de muchos rostros, aunque al sentido hermosísimos. Esta consideración solía tener Diógenes ³ cuando veía algunas personas bien dispuestas. Y así, encontrándose con un mancebo de rostro sobremanera hermoso, pero de muy malas costumbres, dijo: «¡Oh, qué buena es la casa pero malo el huésped»: dando á entender que la fealdad del ánimo vicioso de aquel mancebo afeaba la hermosura de su cuerpo, pues debajo de aquella

¹ Plotino, in mead. 1, lib. 6, cap. 1. ² Boet., lib. 3, *De consol.*, prosa 8. ³ Laert., in Dióg.

corteza hermosa se escondía gran deformidad. Por lo mismo dijo Séneca: «Como una pintura entónces es hermosa cuando en ninguna parte está errada, así también aquella persona será hermosa en la cual no haya mancha de pecado». Porque donde hay un yerro tan grande como la culpa, no puede haber acierto y orden que parezca bien: y donde hay tanta fealdad, no puede parecer cosa hermosa. Esta misma consideración tenía David ¹, cuando dijo que las hijas de los infieles estaban ataviadas como la semejanza de los templos, esto es, como las estatuas de los dioses, que por lo de fuera estaban muy hermosas y ricas, pero en el hueco de sus entrañas eran unos palos toscos, llenos de telarañas; ó como la hermosura de los templos de los egipcios, en lo exterior muy vistosos, pero en lo secreto se adoraba algún fiero cocodrilo, ó culebra, ó lagarto, ó mono, ó algún otro animal más horrible. Y así dice Clemente Alejandrino ²: Las mujeres que andan cargadas de oro, y se crespan el cabello, se afeitan las mejillas, se pintan los ojos, tiñen el pelo, y con falso artificio procuran toda liviandad, adornan el cercado de la carne, á imitación de lo que hacen en los templos los egipcios, para atraer á sí sus desdichados amadores. Pero si uno corriere el velo del templo, no atendiendo al oro, galas y afeite, sé cierto que abominará dellas, porque no hallará en lo interior que habita la imagen de Dios como fuera razón, sino en su lugar una alma ramera y adúltera, que se echará de ver ser una bestia afeitada y una simia embarnizada». Por cierto, grande azar tiene la hermosura del cuerpo, pues sólo tiene hermosa la tez, y no digo al alma, pero ni al cuerpo mismo hace hermoso; sólo disimula su fealdad. Desdichado es quien se paga de una corteza y exterior menos malo, que puede cubrir un interior maldito. Muy men-

¹ Psal. 143. ² Clem. Alex., lib. 3, *Pedag.*, cap. 2.

guadamente es hermoso lo que no lo es en su substancia, sino sólo en la apariencia; lo que encubre mil ascosidades, y puede encubrir mil maldades. Fea hermosura es la corporal, pues está llena de fealdades. Pero ¿cómo esta hermosura humana agrada á tantos más que la divina, donde todo es hermosura y ninguna fealdad, donde la misma substancia es no sólo hermosa, sino la misma hermosura, y la flor de toda lindeza y perfección, donde no hay nada feo, y todo está lleno de hermosuras y perfecciones?

II

Zeuxis, para haber de hacer un retrato muy perfecto de Elena, mandó juntar las doncellas de mayor belleza que se hallaban en la tierra de los Crotoniatas, y copiando de cada una la mejor facción, sacó una imagen muy perfecta y hermosa ¹. ¿Cuál será la Hermosura divina, pues contiene en sí todas las hermosuras y perfecciones criadas? Porque si aquel retrato muerto de Elena fué tan admirable por sólo tener las partes de hermosura de cuatro ó cinco doncellas, ¿cuál será Dios, idea y ejemplar vivo de todas las gracias y hermosuras criadas, visibles é invisibles? ¡Oh cuán infinito abismo de perfecciones! ¡Cuán inmenso piélago de lindezas, cuán vivo espejo de hermosuras es la naturaleza divina, que no tiene nada falto, y tiene todo perfecto y hermoso! Su esencia es hermosa, su entendimiento hermoso, su voluntad hermosa, su sabiduría hermosa, su omnipotencia hermosa, su bondad hermosa, su justicia hermosa, y su hermosura hermosa, y hermosísima, la flor y la nata de todas las hermosuras. Así como Dios está en todo el mundo y cada parte del mundo, así su Hermosura es la perfección de todos sus atributos y cada uno dellos; porque sin atender á su omnipotencia, es hermo-

¹ ² *De invent.*

so por su sabiduría; y sin respeto á su sabiduría, lo es por su bondad; y sin considerar su bondad, lo es por su justicia; y sin atención á nada desto, lo es por su esencia. Así como hay algunas piedras maravillosas marcadas con alguna insignia ó figura, de tal manera que por mil partes que las partan siempre muestran la misma insignia, así Dios, por cualquier parte que se mire es hermosísimo y muestra su infinita perfección sin menoscabo ni mengua.

Este es un singular privilegio del Sér divino, que sin contrapeso de alguna imperfección tenga todo lo mejor y más perfecto. Al contrario de las criaturas, que no llegan á tener tanto bien que no tengan dél alguna pensión, con alguna menos perfección. Si hay hermosura, hay peligro; si poder, cuidados; si felicidad, envidia; si sabiduría, estudio; si el hombre sabe, cuéstale discurrir; si el ángel entiende, fué en muchos con desvanecimiento; si es invisible, ha de estar en lugar; si está presente en alguno, está lejos de los demás; y así, no hay perfección criada que lo sea en todo totalmente. Sólo Dios tiene todo bien, sin pensión alguna: Él tiene toda perfección, sin menoscabo; toda hermosura, sin defecto; es todopoderoso, sin hacer fuerza; sabio, sin discurso; verídico, sin sospecha; vive, sin haber empezado; está presente á todo, sin estar limitado á lugar; es liberal, sin menoscabo; misericordioso, sin pasión; inmenso, sin lugar; altísimo, sin sitio; eterno, sin tiempo; infinito, sin número; bueno, sin calidad; exp'ayado, sin cuerpo; hermoso, sin figura; cabal, sin composición; perfecto, sin imperfección; y para decir en una palabra cuán hermoso y cabal es en todos sus atributos, es en todos y en cada uno todo cuanto se puede desear. Lo que en esta palabra se dice, no puede caber en concepto humano, que no puede llegar á entender cuánto es lo que se puede desear. Bastábale á Dios para toda dicha la de su bienaventuranza pro-

pia, sin tener necesidad de otra cosa más que de su Sér. Por lo cual, aunque no hubiera mundo, ni ángeles, ni hombres, sin uso ni ejercicio alguno de su omnipotencia, bondad, justicia, liberalidad y providencia, fuera tan bienaventurado como ahora. Y así, si se diera la infinidad de Dios, su sabiduría, inmensidad, eternidad, hermosura, sin los demás atributos, fuera Él para sí bienaventurado y felicísimo; y si no hubiera criado criatura alguna, ni la hubiese de criar, sino que eternamente fuese Dios á solas, cuanto lo que toca á sí, sin omnipotencia podía pasar. Con todo eso, porque el poder era cosa que se pudiera desear, no sólo Dios tiene poder, sino omnipotencia; ni sólo tiene omnipotencia, pero sin necesidad de materia, ni conato, ni tiempo, ni instrumento, antes con cuantas circunstancias de comodidad y bien se podían desear; y lo mismo es en los demás atributos. Tan cabal y hermoso es en todos y en cada uno, que ni en la junta de todos, ni en la perfección de cada uno, puede haber más que desear. Todo es perfecto, todo es amable, todo es hermoso, y todo es hermosuras, y un millón de hermosuras. ¡Oh Señor, y quién tuviera un millón de corazones que daros! ¡Oh, si con todos ellos me diera á Vos un millón de veces y os amara por millones de criaturas! ¡Oh corazón mío! ¿cómo no te multiplicas para amar á esta Hermosura de tan multiplicadas amabilidades cuantas perfecciones tiene? Cualquiera otra cosa de la tierra que amáremos no es digna ni de un solo corazón, pues es menguada y caduca, y tan imperfecta, que, ó puede perecer, ó puede no amar, faltando á la correspondencia debida al amor. Vos sólo, Dios mío, sois perfectísimo sobre toda perfección; Vos, Señor, sois eterno sobre todos los tiempos y siglos; Vos, amador de vuestros amadores. Necio es quien ama á una hermosura muerta, que no puede amar á quien la ama; necio es quien ama á

una belleza mudable, que puede dejar de amar á quien la amó aunque le haya amado; necio es quien ama á una beldad corruptible, que al mejor tiempo le deje burlado. No hay en la tierra cosa que se pueda amar con veras; y busquémoslo sobre la tierra y el Cielo al mismo Criador de Cielo y tierra. Él es todo hermoso, todo perfecto; y á Él debemos todos nuestros corazones, y millones que tuviéramos. Pero ya que no tenemos más que uno, démosle entero á Dios, y sacrifiquémoslo en agradable holocausto. No es menester para esto degollarnos, no arrancárnosle del pecho; quedándonos con él, le podemos ofrecer á quien nos le dió; porque el corazón y el alma, como dijo San Agustín¹, se ofrece con las santas costumbres, con los pensamientos puros, con obras de provecho, aborreciendo al vicio, amando á Dios, careciendo de falta de pecado, y la fealdad de la culpa, procuranlo una gran pureza de alma y corazón.

CAPITULO XV

Únicamente está en Dios la condición de la hermosura de ser hermoso por sí misma, sin ornato y necesidad de otra cosa. Trátase de la gran excelencia de Dios, de ser suficiente y bastante á sí mismo.

I

Viene también á Dios muy propia y únicamente otra condición de lo hermoso, celebrada de Sócrates y los platónicos, y es, que la verdadera hermosura de tal manera ha de ser hermosa, que lo sea por sí misma, y no por participación de otra hermosura accidental y postiza, que no puede dar substancia de hermosura, sino apariencia breve. ¿Quién no echa de ver que esta condición á solo Dios

1 S. August., tom. 10, serm. 3, *De Nat. et de Temp.*, 7.

puede convenir? Pues Él solo de sí mismo es hermoso, y lo es por sí mismo, sin tener necesidad de otra cosa más que de su misma esencia para robar los corazones de los hombres y voluntades de los ángeles, que es una incomparable gloria de la Divinidad de bastarse á sí misma. Por eso, cuando la Esposa alabó al divino Esposo de bello y hermoso, añadió Él la causa de su hermosura, diciendo¹: «Yo soy la flor del campo». Este campo era el que se llamaba *Sarón*, conforme á lo cual lee la versión Tigrina: «Yo soy la rosa de Sarón»; é interpreta Vatablo, el campo de abundancia, hartura ó suficiencia: porque bastarse Dios á sí mismo es singular gloria de la divinidad, que por sí misma es hermosa y hermosísima, y cumplimiento de todo bien, sin recibir nada de nadie. La hermosura corporal no se basta á sí misma, y así se procura aumentar, ó con teñir el cabello, ó con pintar las mejillas, ó con blanquear la frente, ó con adornar el vestido; pero esta hermosura compuesta es grande mengua y menoscabo, pues tiene necesidad de tantas cosas para acreditarse, y es ajena. Por esto, como una vez se adornase el rey Creso con preciosísimos vestidos, riquísimas joyas y grande ornato, sentado en un solio real de gran majestad y resplandor, preguntó al prudente Solón si había visto en su vida espectáculo más hermoso. «Sí por cierto, dijo el filósofo; cosas más hermosas he visto, porque he visto á los pavones y otras aves muy vistosas, las cuales son hermosas por su naturaleza, y sin tener necesidad de ornamento ó vestido ajeno, con el vestido que les dió la naturaleza parecen bien». Lo cual es conforme á lo que dijo nuestro Redentor², que ni el rey Salomón, cuando ostentaba su mayor gloria y majestad, se vestía tan hermosamente como una azucena ó lirio; porque la hermosura natural es

1 Cant. 2. 2 Luc., 2, 27.